

San Columbano (ca. 608)
*Carta IV*¹

1. Columbano, el pecador, saluda en Cristo a sus hijos dulcísimos y discípulos queridísimos, a sus hermanos que le dan templanza, y a todos sus monjes.

2. Como el Señor con afectuoso deseo dijo a sus discípulos, sea *la paz con ustedes*, salvación y eterna caridad. Junto con Él la Trinidad les conceda estos tres dones y los custodie entre ustedes también por mi oración. Sólo Él, que me la ha donado, sabe cuán grande es mi pasión por la salvación de ustedes y cuán vivo es mi deseo por el progreso de su formación. Sin embargo, ya que, según las palabras del Señor, ha surgido una *tribulación y persecución a causa de la Palabra*, ahora ningún otro consejo es más conveniente para ustedes sino el de cuidarse de no ser aquel *lugar pedregoso* que a causa de la poca tierra no puede nutrir las semillas recibidas, para que el Señor no diga de ustedes: *Apenas llega una tribulación o una persecución a causa de la Palabra, se quedan escandalizados*. Nosotros mismos sabemos haber acogido con alegría y fervor la palabra del Señor, pero ahora guardémonos de ser *inestables*. Es *necesaria la paciencia*, para que *el valor de nuestra fe*, como está escrito, *sea más precioso que el oro*. Sepan que por los bienes efímeros surgen luchas; que por el Reino de los cielos haya que empeñarse con esfuerzo y luchar, no es una novedad. No crean que son los hombres quienes los persiguen: en ellos están los demonios que envidian los bienes de ustedes. Contra éstos últimos tomen *las armas de Dios* indicadas por el Apóstol y caminen hacia el cielo, lanzando contra ellos las flechas que son las fervorosas oraciones. Lo que sea que pidan, unánimes, con fe, les será dado. Pero busquen ser *un solo corazón y una sola alma* para recibir como don inmediato lo que pidan por su salvación al Padre de nuestro Señor Jesucristo y Padre común de todos nosotros, según la promesa del Señor Jesús que dice: *Si dos de ustedes sobre la tierra se ponen de acuerdo para pedir alguna cosa, mi Padre que está en los cielos se la concederá*. Al contrario, si sus voluntades no son concordantes, es mejor que no vivan juntos. Por esto les doy esta consigna: todos los que con verdadero corazón desean consentir conmigo, conocen mis sentimientos y comparten, que se queden con mi fiel discípulo Atala, quien puede elegir quedarse aquí o seguirme; a él corresponderá evaluar si hay peligro para sus almas: ustedes obedézcanle. Pero si él quiere venir, tome su lugar Valdoleno, porque éste, con la ayuda de Dios, podrá pronto juzgar rectamente. Mientras tanto, pongan atención para tener el mismo deseo y que

¹ En COLUMBANO, SANTO, *Le Opere*, Milán: Jaca Book 2001, 55-73. Traducción del italiano de Exequiel Monge Allen (2009).

ninguno entre ustedes, quienquiera que sea, resulte discorde; en efecto, los que más nos han perjudicado eran aquellos entre los nuestros que disentían.

3. Oh, queridísimo Atala, tu sabes quién es un peso para ti; abandónalo sin más, aunque en modo pacífico y sin herir la unidad, según la regla. Solamente honra a Librano y sostén siempre a Valdoleno. En efecto, si permanece ahí con la comunidad, que el Señor lo bendiga y se vuelva humilde; dale de parte mía el beso que entonces, a causa de la prisa, no ha recibido. Tú, en verdad, hace tiempo conoces mi deseo de formar su carácter. Si ahí notas progreso en las almas, quédate; si en cambio descubres peligros, vente; diciendo peligros me refiero a los de la discordia. Temo que también entre ustedes haya desacuerdo acerca de la Pascua y que, a causa de las insidias del diablo, los quieran alejar, si no conservan la paz con ellos. Me parece ahora en efecto que sin mí ustedes son más débiles. Por lo tanto sean cautos, teniendo presente que *vendrá un día en el cual no se soportará más la sana doctrina*. Instrúyanse ustedes mismos y a los que quieran escuchar; solamente cuídense de que entre ustedes no haya ni siquiera uno que no tenga concordia. Esfuérzate sobre todo por la paz, *buscando siempre conservar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz*. ¿De qué sirve en efecto tener un solo cuerpo si no se tiene un solo corazón? Estoy dolido, lo confieso, porque, mientras habría querido ayudar a todos los que, *cuando hablaba de paz, querían la guerra*; y mientras en todos confiaba, me convertí para ellos casi en un tonto. Por esta razón, sé tú más prudente: no quiero que tú cargues con ese grave peso bajo el cual yo he sudado. Tú sabes ya que mi entendimiento es pequeño como una gotita; has comprendido que no todos los consejos son adecuados para todos, porque diferentes son las costumbres y muy diferentes entre ellos son los temperamentos de los hombres. ¿Pero qué estoy haciendo? Te incitaré de inmediato a ese enorme esfuerzo del que yo mismo huyo. Si descubro diferencia de doctrina, me regularé. Tú, por lo tanto, sé deferente y dócil en el cuidado de aquellos que te obedezcan con fe y amor; pero teme también su amor, porque será un peligro para ti.

4. Queridísimo, por todas partes hay penas: peligro si probamos sentimientos de odio, peligro si probamos sentimientos de amor. Sabe que ambas cosas son realidad, es decir odiar o amar: en el odio se pierde la paz, en el amor se pierde la integridad. Haz tuyo el ardor de ese único deseo que sabes que es el anhelo de mi corazón. Tú bien sabes que yo amo la salvación de muchos, y para mí mismo quiero el ocultamiento: la primera cosa a favor del Señor, es decir de su Iglesia, la otra por el deseo que yo tengo de Él; estos, sin embargo, en mí son más deseo que realidad. En ti, ruego que se realicen, para que durante mi ausencia tú puedas experimentar ambas cosas, al menos en parte. Sin embargo, escribo sin imponer nada. Sabe entonces que mi exhortación se dirige a todos. Porque he intuido que son diferentes los deseos de algunos en lo que respecta a

la observancia del rigor de la regla, he atado a las raíces las ramas que por su fragilidad se han alejado del pequeño tronco, es decir se han separado de la verdad de la doctrina. Aquellos que han permanecido fieles a mi modo de sentir y de pensar, sirvan así a Dios, eligiendo siempre para sí a los más sabios y piadosos, siempre que sean humildes y misericordiosos. Que todos los rebeldes se vayan; los que obedecen, que se vuelvan herederos. Tú y todos lo que me sigan observen íntegramente estos principios, y, por amor a la unidad y por humildad, si bien ustedes son muchos – pues Cristo los hace crecer y los multiplica – todos miren a aquel que sirve a Dios en el altar que ha sido bendecido por el santo obispo Aido. Por lo tanto también tú, si yo por la persecución de estos...

5. He escrito estas cosas por el incierto desenvolverse de la situación. Era mi deseo visitar aquellas poblaciones y predicar el Evangelio también a ellos, pero ya que Fidolio me habla de su tibieza, casi he abandonado mi propósito.

6. Habría querido escribirte una carta más llena de lágrimas; pero ya que conozco tu corazón, tocados solamente los temas necesarios, duros sin embargo y difíciles, he elegido otro estilo, prefiriendo frenar las lágrimas más que provocarlas. Ha salido así un escrito aparentemente sereno, pero dentro está lleno de dolor. He aquí, las lágrimas surgen, pero es mejor sellar la fuente; en efecto no corresponde a un soldado fuerte llorar en la guerra. No es algo nuevo lo que nos ocurre: cada día lo preveíamos. Hace tiempo, un filósofo más sabio que todos los demás fue encerrado en la cárcel por afirmar, contra la opinión general, que existe un solo Dios. Los Evangelios repiten continuamente esto y por este motivo sobre todo fueron compuestos; ésta es en efecto la verdad del Evangelio: que los verdaderos discípulos de Cristo crucificado lo sigan llevando la cruz. Ha sido dado un gran ejemplo, revelado un gran misterio: el Hijo de Dios *ha sido inmolado porque lo ha querido*, se dejó voluntariamente clavar a la cruz como un malhechor, *dejándonos*, como está escrito, *un ejemplo para que sigamos sus huellas*. Es entonces bendito aquel que participa de su humillación y de su pasión. Pero ahí se esconde algo admirable: en efecto *lo que es necesidad de Dios es más sabio que los hombres, y lo que es debilidad de Dios es más fuerte que los hombres*. En modo admirable se ve en la necesidad una sabiduría infinita y en la debilidad una incomparable fortaleza. Por lo tanto ahí se esconden todos los consuelos deseables, todos los misterios de la salvación. Pero son difíciles, por ser preciosos; son oscuros para ser dignos de pocos; dignos de pocos, porque demasiado maravillosos. Por tanto soportemos pacientemente todas las adversidades por la verdad, para participar de la pasión del Señor: *si en efecto verdaderamente participamos en sus sufrimientos, participaremos también de su gloria*. ¿Qué habría que agregar a esto sino la perseverancia? *Quien perseverare hasta la muerte será salvado*. En efecto, al

final estará el juicio y cuando concluye la vida se canta la alabanza. Cada uno, para ser perseverante, implora sin embargo siempre la ayuda de Dios con profunda humildad de corazón: en efecto la perseverancia *no depende de la voluntad ni de los esfuerzos de los hombres, sino de Dios que tiene misericordia, y la misericordia de Dios vale más que la vida*, tan buena es. No son en efecto dignos de misericordia sino aquellos que se reconocen pobres frente a Dios y se sienten incapaces de salvarse, si no fueran arrancados de tantos peligros únicamente por la misericordia de Dios. Éstos, aunque tengan la conciencia de haber llevado a cabo obras buenas, sin embargo, temiendo el juicio de Dios y gimiendo por haber cometido muchas culpas, humildemente confían sólo en la misericordia de Dios, y su temor perfecto tanto más agrada cuanto más acompaña a la humildad. *El Señor en efecto se complace de quien le teme, de quien espera en su misericordia*. A Job que se defendía llevando algunas pruebas de su potencia, el Señor, casi burlándose, dijo: *¿Y ahora admitiré que tu brazo te podrá salvar?*, demostrando así que la diestra del Señor no salvará sino al que humildemente pondrá en juego su propia capacidad, que es también un don, con temor y temblor, según la voluntad de Dios implorando frecuentemente: *No me echas de tu presencia y no me privas de tus mandamientos*. A menudo en efecto – como alguien dice – la grandeza de las virtudes es para algunos ocasión de perdición; ellos en verdad cuanto más sobresalen por las virtudes tanto más se alejan de la humildad. Por este motivo está escrito: *¿Qué quién eres más bello? Desciende y yace con los incircuncisos*, como si con otras palabras dijera al alma soberbia: ya que a causa de tu santidad te has ensoberbecido, baja de inmediato y hazte contar entre los pecadores, porque frente a mí no hay nada que se obtenga con la soberbia. *La puerta, lo ves, es estrecha* y el camino de la perfección por pocos es recorrido: en efecto evita a la izquierda los vicios, y a la derecha los males de la vanidad y la soberbia. Para llegar a la ciudad del Dios viviente es necesario por lo tanto recorrer el camino regio a través de las mortificaciones de la carne, la contrición del corazón, la fatiga del cuerpo y la humillación del espíritu, mediante nuestro compromiso, las acciones conforme al deber, no por la dignidad del mérito, y, lo que cuenta más que todo, por medio de la gracia de Cristo, de la fe, de la esperanza y de la caridad. Reconoce los muchos peligros, la causa de la guerra, la grandeza de la gloria. No ignores la fuerza del enemigo y no subestimes la libertad de la voluntad siempre en juego; protege la puerta del norte, porque el enemigo espía esa parte desde donde sopla Aquilón, como está escrito: *desde septentrión se abatirá la desventura sobre todos los habitantes del país*. Si eliminas al enemigo, eliminas también la lucha; si eliminas la lucha, eliminas también la corona – si hay enemigo y lucha, es necesario que estén las virtudes, la vigilancia, el fervor, la paciencia, la fidelidad, la sabiduría, la estabilidad, la

prudencia; si no seríamos masacrados – y, para concluir, si eliminas la libertad, eliminas la dignidad.

7. He aquí por qué adversidades estamos rodeados y por qué remolinos tumultuosos somos mojados, oh queridísimo discípulo, por no hablar de los enemigos que se ocultan dentro de nosotros y que, en nosotros mismos, cada día nos hacen la guerra, en nuestro mismísimo interior. Por esto en medio de tantos peligros no están en tu poder querer y correr, si bien es tu deber hacerlo. En efecto entre tantas contrariedades la virtud humana no basta para realizar lo que se quiere, si la misericordia de Dios no socorre para que se cumpla el deseo del hombre peregrino y su carrera alcance la meta; sólo con la ayuda de Dios, él evita las caídas y las insidias de la prosperidad y la adversidad, y lleva a término su camino, ileso. La causa del mérito es por lo tanto la humildad del corazón; en efecto el hombre debe reconocer humildemente que tiene necesidad de ayuda. El soberbio no merece nada; abandonado a sí mismo, se vuelve duro de corazón; ingrato, no reza y no puede permanecer fiel. El siervo flojo en la vida es azotado, su servicio es despreciado; desesperado, es considerado por lo demás digno de desprecio por los hombres. ¿Qué podemos entonces decir frente a estas consideraciones, nosotros míseros, que antes de merecer ser liberados de los males, nos ilusionamos con los bienes y esperamos alcanzar la perfección antes de liberarnos de los vicios? Queremos saber todo, pero descuidamos hacer lo que sabemos, esperando poder dar palabras en vez de hechos. Tal vez esto está bien aquí; pero, claramente, no puede valer allá frente a Dios, pues *no quien habla, sino quien actúa* allá será salvado.

8. En este momento, mientras escribo, ha llegado el mensajero que me advierte que se está preparando el barco en el cual, a mi pesar, seré conducido de vuelta a mi tierra. Pero si logro huir, ningún guardia me lo impedirá. Parece en verdad que preferirían que yo huyera. Si soy arrojado al mar, como Jonás, cuyo nombre en hebreo significa paloma, recen para que haya alguien que, en el lugar de la ballena, trayéndome de vuelta sano y salvo, con una feliz navegación, restituya a su Jonás a la tierra deseada.

9. Ya esta carta sobre pergamino debe concluirse, aunque la importancia del tema me empujaría a ir mucho más allá. El amor no sigue un hilo lógico, y por esta razón la carta es desordenada. Habría querido decir todo brevemente, pero no he sido capaz. Las cosas que habría deseado escribir, no las he querido escribir, en consideración a la diversidad de los deseos de ustedes. Tal vez mi voluntad no está libre de adulación; en todo se cumpla la voluntad de Dios; si quiere, Él conoce mi deseo. Ustedes examinen sus conciencias, si son más puras y más santas en mi ausencia: no me busquen por amor, sino solo por necesidad. No se sientan más solos en esta circunstancia y no busquen, a causa de esta separación, una libertad que los vuelva esclavos de los vicios. Es mi

verdadero discípulo sólo el que ama la unidad; no es tal quien es causa de división. *Quien* en efecto *no recoge conmigo*, dice el Señor, *desparrama*. En cambio, si ven que la perfección se aleja de ustedes más que antes y si la suerte me lleva lejos de ustedes, y Atala no bastase para gobernarlos, ya que algunos de vuestros hermanos se encuentran aquí en los parajes de Bretaña, reúnanse todos juntos en un solo lugar: es la solución mejor para combatir más fácilmente contra los vicios y las insidias del diablo. Y aquel que unánimemente elijan, los dirija mientras tanto, ya que, en cuanto yo esté libre, si Dios quiere, a mí tocará hacerme cargo de ustedes. Si el lugar les gusta y si ahí Dios construye con ustedes, *vuélvanse ahí* con Su bendición *miles de millones*. Recen por nosotros, hijos míos, para que yo viva para Dios.